

menudo un papel más considerable que la verdad misma; y este honor sólo puede recaer en uno solo. Si es positivo que hay en la cultura ideal muchos elementos que la convierten en poderosa fuerza de unión, cierto es también que encierra la posibilidad de grandes desacuerdos.

En fin, de la estrecha relación que existe entre el trabajo mental y la persona del trabajador, resulta la posibilidad de una especie de sufrimiento que únicamente el trabajador intelectual conoce. El trabajo interno no siempre sobresa: puede existir una resistencia interna que vencer, y, por consiguiente, ¡cuántas horas sombrías! La interrupción de la vida mental puede ir en nosotros acompañada de un sentimiento de angustia que recuerda el sentimiento de opresión orgánica provocado por la interrupción de la respiración ó de la circulación sanguínea. La idea se opone á presentarse con claridad, y el sentimiento parece vencido. No compensan la felicidad de los tiempos dichosos, los días de angustia y de turbación. Si el corazón sabe por experiencia lo que significa estar colmado por un gran interés ideal, en los aciagos días experimenta el dolor de su atonía y de su impotencia mucho más que si no hubiese conocido semejantes intereses. Añádense todavía á esto obstáculos exteriores, la mofa y la frialdad con que la obra intelectual se acoge á menudo, sobre todo cuando es personal y original. Este sufrimiento no es propio solamente de los grandes genios; pueden experimentarlo también aquellos que se asimilan de una manera libre y personal lo que aquellos genios han producido, y, como los genios, lo propio que con las resistencias exteriores, pueden chocar con las del interior también.

A.—LA CULTURA INTELECTUAL

XXVIII

Importancia moral del conocimiento científico

1. Oscilaciones en la apreciación de la importancia moral de la cultura intelectual.—2-3. Importancia psicológica é histórica de estas oscilaciones.—4. Conexión entre el conocimiento y la vida real.—5. Unidad del conocimiento científico á pesar de su división en ramas especiales; la ciencia considerada como obra común de la especie.—6. Escuelas y partidos.

1. La opinión según la cual todo en el universo está sujeto á un movimiento rítmico, y que supone que el progreso, dado que exista, no se dirige al menos en línea recta, no está quizá tan claramente confirmada en parte alguna como en los juicios formulados al través de los tiempos sobre la importancia de la evolución intelectual. Para los griegos, el pensamiento ó la razón constituían el título de nobleza de la humanidad. Solamente aquel que conocía el bien y lo bello era verdaderamente un hombre. Los filósofos griegos consideraban el pensamiento y el conocimiento como las actividades más elevadas. Durante la Edad media cristiana, al contrario, lo importante estribaba en oponer

obstáculos á la razón. La inteligencia natural era una pagana que debía inclinarse ante la autoridad de la fe. Más tarde, cuando se hubo roto con el principio de autoridad, esperóse del desenvolvimiento de la ciencia y de las luces una transformación completa, un perfeccionamiento de la vida humana. Esta gran espera se descubre ya en Bacon y Descartes; en muchos escritores del siglo XVIII convirtiéndose en pasión, en creencia fanática. La ferocidad revolucionaria se explica en parte porque el no inclinarse todos ante el nuevo Evangelio, atribuíase á malquerencia: ¡la perfección estaba tan próxima, con tal que se consintiese en abrir los ojos! Y, sin embargo, ya en pleno período revolucionario, dejósese sentir una corriente del todo opuesta: corriente debida en parte á la lucha sostenida por Rousseau para reivindicar los derechos del sentimiento ante la inteligencia, y en parte al temor de ver formarse una nueva aristocracia, en el caso de que la ciencia adquiriese gran predicamento. La reacción que se produjo durante la primera mitad del siglo XIX, no tuvo evidentemente por objeto suprimir la ciencia, como deseaban los fanáticos revolucionarios, pero exigía una cosa todavía más alarmante: que la ciencia «diese media vuelta», es decir, que renegase de sus propios principios. Además, las lumbreras considerábanse entonces cosa peligrosa. Entre los pensadores contemporáneos, obsérvanse tentativas para comprender la relación del conocimiento con las demás fases de la vida psíquica usando mayor libertad y amplitud de espíritu. En la autobiografía de Stuart Mill pueden verse los considerables esfuerzos que costó á un alma noble y generosa emanciparse de la doctrina estrechamente intelectualista en la cual había sido educada.

Estas oscilaciones en la manera de apreciar el valor moral de la cultura intelectual se compren-

derán, si se tiene en cuenta, por una parte, la relación psicológica que existe entre el conocimiento y las demás fases de la vida psíquica, y, por otra, las instrucciones que nos suministra la historia sobre los efectos de la cultura intelectual.

2. La psicología nos enseña que el conocimiento se desarrolla más rápidamente que el sentimiento y la voluntad. Nuestras observaciones y nuestras ideas pueden nacer y desarrollarse en la conciencia, sin que los sentimientos y las propensiones correlativas se agiten enseguida en toda su intensidad. Nuestros pensamientos y nuestras imaginaciones se extienden mucho más allá de las cosas que podemos abarcar con vivo sentimiento ó realizar por medio del trabajo de la voluntad. Proviene esto, por un lado, de que en cada momento sólo disponemos de una suma limitada de energía — y cuando la actividad intelectual absorbe gran parte de esta suma, queda tanto menos para las demás funciones psicológicas; — y por otro lado, de que el sentimiento y la voluntad son de naturaleza más conservadora que el conocimiento y perduran más en la dirección tomada. Se necesita tiempo para que los resultados del conocimiento lleguen á fijarse en el cuerpo y en la sangre, y para que se establezca una relación armoniosa entre las diversas fases de la vida psíquica.

He aquí por qué la primera consecuencia de un desarrollo intelectual es á menudo un estado de discordancia y de división en la conciencia. El marco, ensanchado por el pensamiento, no pueden llenarlo el sentimiento y la voluntad, y la seguridad instintiva, guía de la vida en tanto el horizonte permanece cubierto, cede su puesto á la duda y á la inquietud. Por otra parte, cuando esta discordancia no se produce, vemos manifestarse á menudo un debilitamiento y una disminución de la vida afec-

tiva; prodúcese cierta indolencia, y la vida pierde en calor lo que gana en claridad.

En este sentido puede el fanatismo, ya sea revolucionario, ya reaccionario, invocar la psicología. El árbol del conocimiento no es por sí solo el árbol de la vida. No quiere decir esto, sin embargo, que sea preciso escamondarlo ó derribarlo.

3. Estos resultados psicológicos están confirmados por la historia, en el sentido de que no puede descubrirse en ellos efecto moral positivo alguno, producido de una manera cierta y general por el acrecentamiento de las luces. Estas dan fe de su presencia más bien por la inquietud que suscitan que por su influencia educadora. Las enfermedades mentales y los suicidios son particularmente frecuentes en los países en que el nivel de la instrucción pública está relativamente elevado: á lo menos no se observa disminución alguna en los crímenes. Aun cuando nos limitásemos á decir (1) que es imposible descubrir *estadísticamente* ningún vínculo causal entre la evolución intelectual y la evolución moral, debería no obstante ser ya un motivo de admiración y de decepción, si se tiene en cuenta el considerable trabajo invertido en la instrucción y la propagación de las luces. Y si se pretende que tan

(1) Consúltese Rümelin: *Ueber den Zusammenhang der sittlichen und intellectuellen Bildung* (Reden und Aufsätze. Neue Folge).—Mondière en el «Dictionnaire des sciences anthropologiques», art. *Instruction*.—Buckle, en su *Historia de la civilización en Inglaterra* (I, 4), va más lejos, puesto que pone en duda la existencia de una evolución moral (al propio tiempo que admite la de una evolución intelectual). En fin, Ettingen va más lejos todavía (*Moraltatistik*, 3.^a ed., p. 601 y sig., 762 y sig.) atribuyendo á la «semi-cultura» la responsabilidad del aumento de crímenes. El estadístico danés M. Rubin ha demostrado (en la revista «Tilskueren» 1884) sobre qué insegura base ha construido Ettingen la noción de la «semi-cultura».

sólo la imperfección actual de la enseñanza y de las luces es la causa de los inconvenientes y de la mediocridad de los efectos morales producidos, surge entonces otra especie de dificultad. Si los conocimientos adquiridos y asimilados de una manera personal pueden producir buenos efectos únicamente bajo el aspecto moral, parece peligroso hacer participar de la instrucción á otros espíritus fuera de aquellos que cumplen las condiciones internas y externas necesarias para alcanzar completamente el fin. ¿Cuántos se verían excluidos en este caso, y qué oposición nacería entre sabios é ignorantes! La sociedad quedaría dividida de una manera no menos funesta que la excisión producida en el individuo por un conocimiento no arraigado en su naturaleza. Mezquino consuelo sería pensar que la historia nos muestra de continuo, bajo diversas formas, semejante oposición entre sabios é ignorantes. Los salvajes tienen sus hechiceros y sus mágicos; los antiguos aryaes, tenían sus bardos, los cuales sabían hacerse propicios á los dioses por medio de los sacrificios antes del combate; los indos y los egipcios poseían su casta sacerdotal, los chinos tienen sus mandarines. Por todas partes se encuentra un conocimiento tenido en grande estima, el cual exige una iniciación y una preparación especiales, que por lo mismo le pone al alcance sólo de un ínfimo número, y con esto les asegura un dominio intelectual sobre todos los demás. ¿No le sucedería siempre lo propio á nuestro conocimiento científico, á medida que se fuera especializando y profundizando más? La ciencia, según parece, es y debe ser aristocrática.

En apariencia, pudiera parecer que retrocedamos en este punto haciendo comparaciones con la Edad media. No hay duda que en aquella época existía también un cuerpo de personas instruidas; pero los principios de la fe eran los mismos, tanto para el

espíritu más sencillo, como para el más erudito escolástico. Cada pueblo era, por decirlo así, una pequeña Atenas, donde se enseñaba las más grandes verdades. ¿Es posible hoy tal cosa? La ciencia se ha especializado de tal modo, que apenas logra cada sabio hacerse dueño personalmente de un minúsculo dominio. ¿Cómo, pues, sería posible tratar de una formación intelectual común y universalmente extendida?

Estas cuestiones son las más graves de que pueda tratar la moral social relativamente á la evolución intelectual.

4. [Verdaderamente, los modernos hemos enco-
miado en exceso las facultades intelectuales. Las
desarrollamos atrevidamente, sin cerciorarnos de
si este desarrollo armoniza con las demás fases de la
vida psíquica.] Papel natural del conocimiento es
determinar el contenido, y la dirección del senti-
miento y de la voluntad. Pero únicamente un cono-
cimiento surgido de la realidad misma puede guiar-
nos relativamente hacia la realidad. [Las quejas for-
muladas con motivo de la instrucción puramente
racional, de su inutilidad ó de los perjuicios que
causa, deberían, pues, lógicamente tender á deplor-
ar también el excesivo alejamiento en que, tanto
en su origen como en su aplicación, se mantiene de
la vida real. Tal fué asimismo, desde infinitos pun-
tos de vista, el caso de la instrucción en el siglo XVIII.
Restríngiase á un limitado círculo, del cual la gran
masa debía tomar luz, y, de consiguiente, no podía
ser cuestión de adquisición personal. Por otra parte,
el reducido círculo de las personas verdaderamente
instruidas y capaces de pensar por sí propias estaba
también muy alejado de la vida real. El absolutismo
les excluía de toda participación en los negocios
públicos, con lo que resultaba para el conjunto de
la literatura un carácter estrecho y parcialmente

fantasista. A causa de la centralización dominante, el pueblo no estaba libre y carecía tanto de la necesidad de luces como de la facultad de utilizarlas. La instrucción del pueblo francés fué probablemente mayor aún en el siglo XVI que en los XVII y XVIII (1).

La ciencia renace de nuevo y sin cesar con la vida. Los medios artificiales no son capaces ni de oponerle obstáculos, cuando se experimenta su necesidad, ni de conservarla floreciente, cuando esa necesidad falta. La ciencia de la naturaleza nace de las exigencias de la vida práctica, de la necesidad de mandar á la naturaleza exterior; la filosofía surge (como lo demuestra, sobre todo en los tiempos modernos, la historia de la filosofía en Inglaterra) de cuestiones que la misma vida nos obliga á establecer; la historia nace de la necesidad de conservar en la memoria la vida del pueblo y de la especie. El conocimiento que permanece sin efectos es el que se recibe del exterior y hecho del todo. Allí donde es posible hacer germinar una simiente, no lo será tanto lograr que eche raíces un árbol entero.

El ideal del arte pedagógico consiste en excitar la necesidad de conocer antes de proporcionar el conocimiento, y darlo sólo en la medida en que la necesidad se siente. Cuanto más se trabaje en realizar ese ideal, tanto más tenderá á desaparecer la discor-

(1) Véase Tocqueville: *L'ancien Régime et la Révolution*, 7.^a ed., p. 207 y sig. Adolfo Schmidt: *Pariser Zustände*, III, p. 335-337. — Rousseau puso de relieve los inconvenientes que acarrea una excesiva separación entre la vida intelectual y la vida práctica: «En tanto el poder vaya por su lado, y las luces y la sabiduría por otro, raramente pensarán los sabios grandes cosas, los príncipes pondrán en práctica escasas obras verdaderamente hermosas y los pueblos continuarán siendo viles, corrompidos y desgraciados.» (*Discurso sobre las ciencias y las artes*).

dancia antes descrita. No hay razón de andar con rodeos: se trata sólo de proseguir la evolución intelectual en las mejores condiciones posibles. Esta evolución no es un producto artificial: ha nacido de la misma necesidad de la vida.

Rousseau dió el golpe de gracia á esa pasión por las luces, que hace juzgar al hombre únicamente según el desarrollo de su inteligencia y cuya psicología entera se limita á distinguir la claridad de las tinieblas (1).

Sea cual fuere la importancia que concedamos á la ciencia y á los conocimientos, la naturaleza humana tiene sin embargo otras fases que no debemos echar en olvido, sobre todo cuando juzgamos á un individuo. En comparación de la vida que se despliega en el sentimiento y la voluntad, el conocimiento es sólo un vestíbulo por el que podemos transitar sin que penetremos en el santuario propiamente dicho. A pesar de todas las diferencias de formación intelectual, aquí es donde puede existir siempre un parentesco entre el hombre más sencillo y el pensador más eminente. ¿Acaso no fué el gran Kant quien dijo: «Yo mismo soy por inclinación un investigador, siento toda la sed del conocimiento y el inquieto deseo de avanzar, y aun la satisfacción causada por cada progreso. Un tiempo creí que todo esto podía coronar de gloria á la humanidad y despreciaba al pueblo que es principalmente ignorante. Rousseau me volvió al buen camino. Desapareció aquella ciega preferencia, y aprendí á honrar á los hombres, y me conceptuaria mucho más inútil que lo común de los obreros si no creyese que esa especulación que establece los

(1) Véase mi libro: *Rousseau und seine Philosophie*, 2.ª ed., alemana, en particular las págs. 52-81. (Ruptura con los enciclopedistas y con Voltaire).

derechos de la humanidad puede conferir un valor á todos los demás» (1). En sus primeros artículos, Kant trató de consolarse de la miseria y de las luchas del universo con la esperanza de que, cuando menos, las luces realizaban progresos en limitado número de escogidos. El estudio de las obras de Rousseau produjo completa revolución en sus ideas y le obligó á buscar lo propiamente humano en algo más profundo que la inteligencia.

Si la ciencia nace de la vida y conserva siempre conexiones con ella; si además el centro de la vida mental reside, no en el dominio intelectual, sino en el sentimiento y la voluntad, el peligro de discordancia en el individuo y de excisión en la especie, que el desarrollo intelectual parece acarrear tan fácilmente, disminuye. Y este peligro puede evitarse sin atentar por medio de procedimientos revolucionarios ó reaccionarios á la libertad del movimiento científico.

5. Es inevitable sin embargo que subsista una oposición entre los diversos grados de la evolución intelectual, sino entre sabios é ignorantes, cuando menos entre aquellos que saben más y aquellos que saben menos. Esto es consecuencia de la división del trabajo. Para cultivar la ciencia de una manera satisfactoria, es preciso que haya personas que consagren á ella toda su vida. El resultado será la formación de un cuerpo ó de una clase científica en el seno de la nación. Dos cosas son necesarias entonces para que la evolución sea normal. Desde luego no conviene que se forme una casta de sabios que dispensen los resultados adquiridos solamente á algunas clases de la sociedad y no á todas. Conviene que la enseñanza primaria y la superior estén organizadas de manera que faciliten el paso de los gra-

(1) *Fragments*, ed. Rosenkranz, XI, p. 240.

dos inferiores á los superiores (1), procurando que las dificultades que todos estos grados presentan no sean infranqueables para aquellos que tienen inclinaciones y aptitudes serias. En segundo lugar, es preciso que el cuerpo de los doctos no considere únicamente el estudio como la satisfacción de su propensión personal, sino como una función social que ejercen en nombre de la sociedad entera. Cada sabio, como el soldado explorador, tiene la misión de observar desde su puesto cuanto le es posible. Si le animan estas disposiciones, permanecerá en comunidad con la especie, por aislado que se sienta en su puesto solitario y por mucho tiempo que permanezca ignorado é incomprendido, ya que los demás no ven lo que él ve. Su fe en la verdad es al propio tiempo la fe en la importancia de la verdad para la especie.

La especialización creciente de la ciencia hace, es verdad, cada vez más difícil, aun para aquellos que la cultivan, tener un bosquejo ó idea personal de sus resultados. Asimismo, la cultura intelectual no supone que todos lo sepan todo. Una educación intelectual independiente puede existir en grandes esferas con tal que la facultad de pensar propiamente dicha esté desarrollada. A despecho de todas

(1) Un paso de esta especie podía encontrarse en la época en que la teología constituía la enseñanza principal de la Universidad así como el catecismo el de la escuela popular. Actualmente la teología se ha reducido en los gimnasios á un minimum y en las Universidades á una especialidad, pero el catecismo continúa caracterizando la escuela popular. Martensen sostiene que debe ser así: «La religión es la que hace de la escuela popular una escuela popular» (*Social Etik*, p. 355) expresión que, aun desde su propio punto de vista, no deja de sorprender. Establécese de este modo un dualismo que puede acarrear gravísimas consecuencias si no se pone remedio á tiempo. Y entonces difícilmente será la ciencia la que deba «dar media vuelta».

las diferencias de las ciencias, todos trabajan con una sola y misma facultad, y el mundo en que tratan de penetrar, cada cual por su lado, es un solo y mismo mundo. Por consiguiente, aquel que habrá abordado un terreno particular con un método racional, no hallará dificultad alguna en comprender los problemas y las dificultades que se presentan en los demás terrenos. [Existe asimismo cierto número de ideas fundamentales que reaparecen por todas partes donde la inteligencia humana trabaja, y la filosofía tiene por objeto desligar estas ideas de la existencia, considerada como un conjunto sometido á leyes.]

Las diversas ciencias tratan de hacer penetrar cada cual su fragmento ó su lado de una vasta y única serie causal. A esta idea de un conjunto unido por leyes se agrega la de la evolución, cuyos rasgos esenciales se encuentran en los diversos dominios de la experiencia. En una ínfima parte del universo podemos estudiar, pues, el universo entero y adquirir una noción del mismo. Fórmase en nuestro espíritu una imagen general del mundo cuyas ciencias particulares se ocupan sin descanso en colmar las lagunas. Aquel mismo que no puede consagrarse á la investigación científica, podrá, cuando menos, formar idea de las grandes leyes de la existencia de que forma parte y podrá considerarse á sí mismo y á su vida desde un punto de vista más universal que antes, es decir, cuando se figuraba que todo gravitaba en torno suyo y del estrecho horizonte de sus intereses. Conocer el sitio que ocupamos en el Universo equivale á conocernos mejor. En fin, el individuo verá confirmada su creencia de la unidad del género humano al adquirir idea del considerable trabajo realizado en común para constituir la concepción del género humano en el mundo; trabajo que de generación en generación absorbe

las fuerzas más nobles, los más duraderos y abnegados esfuerzos. El individuo no trabaja aquí para él solo: sus propias investigaciones no le llevarían más lejos. Pero puede contribuir con su piedra al vasto edificio de la concepción general que la humanidad se forma en el mundo y que se desarrolla lentamente en el curso de los tiempos (1). Y es posible que desde el sitio en que trabaja pueda abarcar una parte bastante grande del edificio para formar idea del aspecto que tendría si estuviese terminado.

6. Como la acción común es necesaria para que el género humano llegue á construirse su imagen del universo, la ciencia da lugar á la fundación de sociedades. No solamente se unirán entre sí los investigadores contemporáneos, sino que adquiriremos el vivo sentimiento de lo que debemos á las generaciones precedentes. En parte alguna se advierte tan claro ejemplo de evolución progresiva, como en el dominio del conocimiento científico. Nada tan fácil de demostrar cómo una generación se apoya en los hombros de la otra y llega de este modo á ver más lejos. Pero como la ciencia está constantemente en vías de evolución, el trabajo en común no se realiza siempre en completa paz. Las escuelas y los partidos divídense en bandos opuestos y se combaten. En este caso, no existe una sociedad vasta y única, sino varias sociedades más pequeñas, en conflicto unas con otras. No obstante, este conflicto puede tener utilidad para el progreso, si es algo más que una simple contienda personal. Proviene entonces, ya de que el mismo objeto pre-

(1) Véase *Geschichte der neueren Philosophie*, I, p. 84-88; 110 y sig.; 194 y sig.; 461 y sig. — II, p. 498 y sig.; 572 y sig. (Las diferentes etapas en la evolución de la concepción moderna del universo).

senta varias y diversas fases, ya de que cada sabio aporta postulados distintos. En uno y otro caso, la formación de partidos podrá tener una acción fecunda. Si el individuo se une á otros para lograr todos los descubrimientos posibles sobre el objeto desde el punto en que cada cual por sí mismo lo observa y con los postulados de donde se parte, la obra tendrá probabilidades de poderse llevar á cabo con mayor profundidad y celo. Además, la misma pasión, producida por la oposición de los partidos, puede aguzar la mirada. De este modo, hasta las mismas contiendas personales pueden volverse fecundas. Así la obra común avanzará no sólo por la desinteresada abnegación de los individuos, sino también por las disensiones de sus egoísmos. Trabajan infatigables para llevar razón, para conservar su reputación, y con esto les es muchas veces fácil apresurar la realización de un fin mucho más vasto del que se ofrecía ante su vista en el ardor del combate.